

EL PRESENTE QUE HA DE VENIR



Miguel Ángel Cejudo López

*H*ay días que son como fotografías; permanecen inmóviles en el tiempo mientras la vida va pasando. Normalmente son días de excesivo frío, de agobiante calor, o días de lluvia como el de hoy. Esta mañana cae una sutil llovizna que barniza el campo y al encalado cortijo con un brillo que no se percibe cuando hace sol, según palabras de mi abuelo. Papatomás mira por la ventana de la sala y observa, justo delante del brumoso Cerro del Águila, a la solitaria encina luciendo más señorial y orgullosa que nunca bajo el encapotado cielo color ceniza.

- Bendita lluvia que rocía nuestras tierras—dice el abuelo Papatomás.
- Padre, no olvide que mucha agua tampoco beneficia, que puede ser dañina.
- Claro. Todas las cosas en demasía son malas, hasta el cariño... ¡Hasta vivir mucho es malo, mira a tu madre!
- No diga eso de Madre ¡Si es más joven que usted! ... Además, hablamos de la lluvia.

- Ya lo sé, hijo mío - afirma el abuelo dando una palmada al cogote de mi padre -. Pero piensa que acaba de terminar el verano y éstas son las primeras aguas que nos visitan. No pueden ser malas.

- Eso es cierto. ¡Lo que no entiendo es como le puede gustar tanto la lluvia a usted! ... Bueno, a usted y al pequeño Gabriel - añade mi padre, mirándome.

El abuelo sonrío mientras me guiña un ojo. Es raro verlo sonreír, quizás por eso me atrevo a devolverle el guiño cerrando los dos ojos, pues no hay manera de cerrar uno solo. Cuando los vuelvo a abrir Papatomás ya se dirige hacia la puerta del patio. Lástima que mi hermano Tomasito no haya visto el gesto cómplice del abuelo, le hubiera chinchado, pero debe estar arriba en las cámaras con Madre y la abuela Mamasión.

Siempre me ha gustado la lluvia. Es el aceite de la vida. Creo que actúa misteriosamente en todas las cosas que toca. E incluso, y aquí redobla el misterio, actúa en cosas que no llega a tocar... Es como la resina que mantiene los encajes engrasados, para que todo perdure y funcione. Como cuando el abuelo, con un especial cariño, engrasa los aperos. A Tomasito, en cambio, no le gusta la lluvia. Siempre anda enfadado cuando llueve, claro que también se enoja cuando hay que estudiar o leer. En esto tampoco se parece en nada a mí; me cuesta mucha faena dejar un libro que acabo de empezar, sea de lo que sea. Esta afición por la lectura, heredada de Mamasión, no hace nada de gracia a mi abuelo y aquí sus preferencias se decantan por mi hermano mayor, mucho más dispuesto que yo a echar una mano en todas las tareas y un excelente ayudante de porquero, o de mulero, según dice Padre.

Lo que más gusta a Tomasito son los días de calor. De buena mañana se marcha hacia la linde del arroyo, cerca de los chopos y el cañaveral, con poca ropa. Madre siempre le regaña cuando lo ve y le dice que se vista algo más, pero él ríe y comenta que así le da menos faena; que ni le mancha la ropa ni la estropea. "¡A ti te voy a estropear yo la cara!", contesta muy seria mi madre en estos casos, sabiendo que nunca hará lo pregonado (como mucho le tirará la zapatilla con fatal puntería). En cambio a mí, si no hace mucho calor, lo que me cautiva es presenciar puestas de sol. La luz y el color que tienen los paisajes a esa hora son especialmente bellos, me recuerda a algunas imágenes que Don Paco, el maestro, nos muestra en ese libro extranjero de arte que a veces trae cuando se acerca hasta aquí para darnos la enseñanza elemental.

Papatomás entra otra vez en el sala y comenta que hoy no va a trabajar al barbecho, que no para de llover ni tiene pintas de hacerlo. Aprovechará el día para limpiar y reparar aperos. También pide a mi padre que apañe el corral y las cuadras y le dice que busque a Tomasito para que le ayude.

- Poneos ropa sucia porque os vais a llenar de mierda hasta las pestañas. Hay que apartar el estiércol para abono.

- Pues deje hoy al niño con su hermano y las mujeres. Ya me las arreglo yo solo, Padre.

- Como quieras, también pueden ponerse con el esparto después de comer.

Justo en este momento entran por la puerta mi madre, mi abuela y mi hermano, por este orden. Vienen de ordenar los dormitorios y traen las perolas para preparar la comida.

- Tomás, tendrías que ir al huerto a por tomates- indica mi abuela sin mirar siquiera al abuelo.

- ¡Anda que los huevos! Ya está la “Pocochata” mandando... Díselo a tu hijo, que también está aquí.

- ¡No hables así delante de los niños! ... Rafael, anda hijo, trae unos tomates para echarle al puchero.

- Voy Madre.

La “Pocochata” es el mote con el que se conoce en la comarca a la familia de mi abuela Mamasión. Alguna vez ha contado que a su abuelo le pusieron ese mote porque ya de niño se caracterizaba por tener una impresionante nariz y que con los años el sobrenombre fue cogiendo más sentido. Pero curiosamente, su descendencia heredó el mote y no así el atributo nasal, yo también soy un “Pocochato” teniendo una nariz más bien normal ... O eso creo.

Al instante, mi padre trae los tomates y se los entrega a mi abuela, que escurre las judías que han estado en remojo toda la noche para hacer la olla gitana. Mi madre me pide que le alcance los trozos de bacalao puestos a desalar. Deben empezar a preparar la comida porque tardará unas horas en estar a punto y ya se hace tarde.

Fuera continua lloviendo. No tenemos mucha faena que hacer y, como hoy no vendrá Don Paco el maestro, le pedimos a nuestra abuela que nos cuente alguna historia de las muchas que sabe. En ocasiones, en tardes de verano sobre todo, cuando no estamos tan agotados como para hacer una reparadora siesta, la abuela nos canta viejas coplas, canciones de cuando era niña. También nos relata antiguas leyendas que le contaba su madre o su prima la Chacha Josefa, antes de que la metieran en un manicomio porque un novio que tuvo la dejó completamente de blanco delante del párroco y se fue a cuidar cabras al monte. Prefirió unas bestias en lugar de una mujer. Y para continuar con este contrasentido, la gente del pueblo - que siempre tiene excesivo tiempo para chafardear - fue cobarde y cruel. Cobarde defendiendo la postura del hombre y cruel mofándose de la joven por su desdicha. Todo esto nos lo contó mi abuela, la única amiga que le quedó a la Chacha Josefa; mujer sensible e inteligente que fue incapaz de comprender tanto absurdo y tanta idiotez reunida en tan poco trozo de tierra. La joven, antes de acabar chalada, se refugió en su habitación con sus libros y solo hablaba con Mamasión. Un día le regaló todos sus libros, libros que leyó mi abuela en su día y que ahora leo yo.

Entra el olor a tierra mojada y el frescor del aire por la ventana que Padre ha abierto, no para de llover. Los perros están a resguardo, tendrán un día tranquilo. Los gatos ni aparecen, dormirán enroscados y calentitos en cualquiera de sus escondrijos. Los primeros zorzales que nos visitan se resguardan entre las ramas de los olivos esperando a que escampe y lanzarse a volar, comida no les faltará. Las mujeres de la casa aprovechan para hacer aquellas labores que reservan para los días de aguacero, cuando disponen de más tiempo. Mi madre coge la cesta que usa como costurero y dice que mientras se va haciendo la comida en el fogón remendará una poca de ropa que había lavado. Con lo que me gusta a mí la ropa usada. Cuando, en ocasiones especiales –por motivo de fiestas patronales por ejemplo- tenemos que estrenar ropa, me entra una extraña agonía. La ropa usada me ofrece más confianza, es más personal; ya lleva algo de mí.

Mi padre se está haciendo el remolón y se nota que no tiene ganas de ir a pringarse a las cuadras, hasta que Papatomás se lo vuelva a pedir... Y ya veremos con qué modos. De momento mi abuelo también parece que está a gusto en la sala y ha cogido tabaco para liarse otro cigarrillo mientras, de nuevo, observa por los cristales como un sinfín de surcos en la tierra negra se dirigen hacia la centenaria encina que se encuentra delante del Cerro del Águila. En ocasiones nos comenta que aquella encina ha visto miles de cosechas y que le queda por ver otras miles, pues es la auténtica vigía de nuestros campos, de nuestras vidas.

- Bien, hijos míos – comienza a decir Mamasión mientras Tomasito y yo estamos sentados en el suelo frente a ella, - hoy no os contaré una historia de cuando yo era mozuela. Hoy os contaré lo que sin duda ha de acontecer en años venideros, cuando posiblemente tengáis hijos o nietos...

- ¿Ya vas a meter tonterías de las tuyas en la cabeza de los zagales? – murmura el abuelo antes de encenderse el cigarrillo con un ascua que recogió de la lumbre con las tenazas -. Condenada “Pochata”, la culpa la tiene aquel extranjero de las piedras.

El extranjero de las piedras fue un curioso personaje que vino hace unos años por la comarca cuando mi hermano y yo no habíamos nacido aún. Se supo que había unas piedras en la Loma del Peñasco, entre retamas y pinos bajos, que pertenecieron a un poblado muy antiguo. Por lo visto, al escarbar un poco más en la tierra, las piedras revelaron que tiempo atrás aquello fue un conjunto de casas. También se descubrieron unos cántaros de barro, y hay quien afirma que incluso había esqueletos que debieron ser de unos niños. Esto último posiblemente sea mentira porque quien más se empeña en contar la leyenda es Antonio “el Tonelillo”, llamado así porque dicen que ya fue bautizado en la tina donde el párroco guardaba el vino para la eucaristía y por lo visto le cogió tanto el gusto que no quiere perderlo.

Pues bien, Mamasión conoció al extranjero porque por aquella época hacía las faenas en casa de Don Mariano Nuñez, médico de la comarca, hombre bueno y muy sabio – según dice mi abuela siempre mirando al techo o al cielo, depende -. Allí fue donde se hospedó un

tal Peter “nosequé”, estudiante de pueblos antiguos y maestro de niños ricos, más conocido entre nosotros como el “Pite” o el “extranjero de las piedras”. Durante los meses que nos visitó el “Pite”, mi abuela - que aprendió a leer y a escribir mientras trabajó en aquella casa - estudió libros de diversos temas y siempre recuerda esos momentos con gran emoción porque aprendió mucho con el Doctor y con el hombre extranjero. “¡Paparruchas! ¡Bah!” Dice el abuelo Papatomás, como siempre que Mamasión comenta algo de aquella época.

- ¡Venga abuela! – Grita mi hermano interrumpiendo una batalla de reproches entre los abuelos sin que ni Padre ni Madre quieran intervenir.

- Pues veréis hijos... Muchas veces me paro a pensar en cómo serán vuestras vidas y la de vuestros descendientes. Y las veo muy lejos de aquí, fuera de estas tierras que nos vieron nacer.

- ¡Bah! ¡Me voy a hacer faena, que no tengo ganas de escuchar tonterías! –Gruñe el abuelo mientras echa una bocanada de humo semejando un anciano demonio. Mi madre, sobresaltada, falla en un intento de enhebrar una aguja con hilo negro.

- Ya se enfadó el viejo Tomás ¡Pero si tu no vivirás para verlo, aunque tampoco lo resistirías! –Afirma la abuela Mamasión.

- ¿Por qué no lo resistiría Papatomás, abuela? – pregunto curioso, como un resorte.

- Porque no podría ver como la vida en el campo, tal como la conocemos, deja de existir... - contesta ella, mientras mi madre vuelve a errar de nuevo la tentativa de enhebrar.

Mi hermano y yo nos miramos sorprendidos, pero mientras Tomasito pensó que era una divertida leyenda de la abuela yo me llené de inquietud.

- ¿Y cómo será la vida? – interrogamos al unísono.

- La vida seguirá siendo dura para quién trabaje en el campo, pues siempre dependerá de que el tiempo acompañe. Dios manda sobre la naturaleza, y solo él, y no el hombre, tiene potestad para hacer lo que crea conveniente. Ahora bien hijos míos, los modernos hombres del campo ya están empleando su buen oficio para manejar a su conveniencia los elementos que intervienen en los trabajos de la tierra.

- ¿Y eso qué quiere decir, abuela? – pregunta mi hermano, decepcionado por el tono serio y solemne que había tomado la conversación.

- Pues que hay mayores e ingenieros en el extranjero que ya trabajan para construir máquinas que ahorren faena a los hombres.

- Entonces tiene razón Papatomás cuando dice que todo lo que sabes te lo contó el extranjero de las piedras – suelta Tomasito con cierto descaro.

- Mira hijo, algunas tardes en casa de Don Mariano el médico, los invitados, mientras tomaban licor, conversaban sobre los más diversos temas. Generalmente de arte,

de literatura, de política o de medicina, pero casi siempre acababan charlando de cosas del campo. Lo cierto es que el Señor Peter contó en varias ocasiones lo avanzados que estaban en su país y en algunos otros sobre cuestiones de agricultura. A veces los contertulios se aventuraban a imaginar cómo sería el campo en un futuro o, como le gustaba decir a Don Mariano, cómo sería el campo en el presente que ha de venir.

Entra de nuevo Papatomás en la estancia, se ha olvidado el tabaco y viene a cogerlo, en la mano lleva un amocafre. Mira a mi padre y no le hace falta decir nada para que éste salga, como si alguien le hubiese pinchado con una aguja, con rumbo puesto a las cuadras. “¡Cámbiate de ropa!” le suelta mi abuelo, que antes de volver a su faena con los aperos también se dirige a mi madre, pues a mi abuela ni le pone el ojo encima, y le indica:

- Después de comer os ponéis con el esparto y hacéis pleita. Ahora, al entrar, me he limpiado las botas con la alfombra y ya empieza a dar penica de lo destrozada que está. Iría bien hacer alfombras nuevas este año.

- Si Padre... – contesta mi madre mirando a Mamasión. La abuela asiente mientras observa como el abuelo se va.

Nos quedamos la abuela, mi madre, Tomasito y yo en la sala. Después de unos segundos de silencio en los que podemos comprobar como el guiso ya empieza a aromatizar la habitación, dándole incluso un calor que reconforta y apetece, continúa Mamasión con las teorías de Don Mariano y el “Pite”:

- Nuestros campos se seguirán labrando y seguirán dando sus frutos, pero cada vez hará falta menos hombres y mujeres para trabajarlo. Se están inventando máquinas que harán el trabajo de cien bestias con mucho menos esfuerzo y dinero.- Pero los mulos harán falta, abuela. Y las vacas, y los cerdos. Y el estiércol, y el abono ... - indica con tino mi hermano.

- Si Tomasito, pero Mister Peter decía que unos médicos que se cuidan del campo fabricarán unos abonos que no necesitarán de tanto estiércol. Y Don Mariano sabía que la ciencia iba en ese camino, que buscaba curar del todo a las personas, a los animales y a las plantas. En eso sí saldréis ganando vosotros y vuestros hijos.

- Bueno, yo ya me voy – dice Tomasito resoplando mientras se dirige a la puerta -, pensé que contarías una historia más divertida, abuela. Voy a ayudar a Padre en las cuadras.

- Cámbiate de ropa hijo mío, ponte la más vieja – le aconseja mi madre, que ha terminado de remendar la ropa y se levanta de su silla mirando a mi abuela mientras dice: - Voy a guardar la ropa. Ahora vendré, Madre. Y no le cuente más chismes al zagal que me lo va a llenar de fantasías

- Pero hija, son teorías de gente que estudia y sabe mucho – replica mi abuela.

- ¿Si? Pues dígale a los ingenieros y estudiosos que fabriquen una máquina para lavar la ropa, que buena falta nos haría.

- Todo llegará, hija. Si el hombre puede hacer máquinas para labrar o segar ¿Por qué no va a poder fabricar una para lavar ropa?
- Abuela, todo lo que cuentas parece que solo me interesa a mí... Nos hemos quedado solos.
- ¿Y qué crees, Gabrielín?
- Creo que siempre habrá trabajo en el campo para los que amen el campo.
- Bien... Todo lo que cuento quizás no lo llegues a ver. O quizás lo veas cuando seas viejo, pero ten por seguro que tus hijos o nietos si que lo verán, tanto si se quedan en el campo como si se van a la ciudad. Mister Peter decía que los hombres necesitan de la agricultura, pero que la agricultura no necesita de tantos hombres. Algo deberá cambiar, y como en todo lo que cambia, algo se pierde y algo se gana. Sólo Dios sostiene la balanza.

Mi abuela continúa contándome cosas durante unos instantes. Da sus explicaciones y yo la escucho con los ojos abiertos de para en par, como si en vez de oírla por las orejas la escuchase por los ojos. O por la boca, que también tengo abierta como si por ella captara conocimiento. Mamasión dice que las máquinas y los aperos nuevos se fabricarán en las ciudades y que hará falta muchos más hombres de los que ahora viven allí. Que también harán falta hombres en las minas, más que en el campo. Y en el mar, más que en la tierra. Dice que en otros países muchas familias ya se están marchando del campo. Y que todas esas familias tendrán que vivir en casas que se tendrán que fabricar y hará falta más hombres para fabricarlas. Y que todas estas personas se tendrán que alimentar, por eso seguirá siendo necesarios los animales y las cosechas... Pero que la vida en el campo está destinada a que solo unos pocos vivan de él.

- Puede, abuela... A mí no me importaría ir a la ciudad a vivir, pero creo que de vez en cuando tendría que volver a mi tierra para que me abrazaran sus aires, sus aromas, sus sabores... Es imposible desprenderse de tanta belleza. Aunque dudo que Tomasito abandonase esta tierra, pues se nota que es su vida... Si marchara, creo que moriría.

- Solo espero, pequeño Gabriel – concluye mi abuela mientras se levanta y se dirige al fogón para comprobar el puchero -, que tengáis salud para poder trabajar y darle lo mejor a vuestros hijos, sea aquí o sea más allá de las lindes del Barranco del Sollao.

Mientras Mamasión remueve el guiso me acerco pensativo a la ventana. Sigue cayendo un fino y húmedo visillo de agua que no impide ver la imponente imagen de la centenaria encina, al fondo, rodeada de jarales, delante del Cerro del Águila. Y medito escribir todo lo que contó la abuela en un pequeño papel y esconderlo en alguna brecha oculta del tronco de la encina, o de alguna de sus ramas. Ella que tantas y tantas cosechas ha presenciado y que tantas otras ha de vigilar, será testigo perfecto y refugio seguro del documento. Quizás, algún lejano día, alguien descubra el pronóstico que hicieron algunas personas sobre el presente que ha de venir.